
Apuntes para una teología de la educación a partir de la encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II

*José Luis Meza Rueda**

Pues Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad. (1Tim. 2,4)

Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» (Juan 8, 31)

La fe y la razón son como las alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la Verdad. (Fides et Ratio, Introducción)

RESUMEN

*El presente ensayo desarrolla en cuatro apartados algunos elementos esenciales inspirados en la encíclica *Fides et Ratio* de una teología de la educación que concibe la universidad como el lugar donde el educador tiene la posibilidad de facilitar el encuentro del educando consigo mismo, con el otro y con Dios. Esta tarea se logra en la medida que integre la fe y la razón en su propia vida. De otra parte, manifiesta la necesidad de llegar a la autonomía como condición de realización y de reconocimiento del Trascendente. Por último, hace un llamado a la credibilidad que debe tener el maestro en su ministerio y la invitación a ser un mediador de esperanza.*

* * *

* Licenciado en Educación con especialidad en Ciencias Religiosas, especialista en Educación Sexual, diplomado en Desarrollo Humano y Social y *magister* en Docencia (en curso). Actualmente se desempeña como profesor de tiempo completo de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana.

EL CARÁCTER SALVÍFICO DE LA EDUCACIÓN

La educación es un ministerio y un carisma. Por tanto, desde la teología concibo la educación como el conjunto de elementos hechos acción que llevan a la salvación del hombre. Este cometido tiene como fin el educando, que es el «*sujeto de salvación*»; se lleva a cabo en la escuela (para nuestro caso, la universidad), que es el «*lugar de salvación*», y con la intervención del educador que es el «*mediador de salvación*».¹ Le corresponde al maestro la noble tarea de llevar a sus estudiantes al conocimiento de la verdad para que conociéndola puedan contemplarla y llegar a la salvación a través de su fidelidad. Conocimiento, fidelidad y contemplación son tres actos de la misma obra, porque implican toda la persona en su pensamiento, su sentimiento y su acción. Más todavía, la contemplación es un estado de plenitud alcanzado frente al que es Pleno desde todos los tiempos y por eso es la magnificación del hombre en su ser espiritual.

El numeral 1 de la *Fides et Ratio, FR*, señala que el hombre siempre ha estado inquieto por conocer la verdad de lo que es visible a sus ojos y de lo que le es propio. Desde el principio se ha hecho conocedor de sí mismo para tratar de responder a las preguntas sobre el sentido de la vida. Creo que la tarea no ha terminado. Al contrario, hoy se hace más actual frente al nihilismo que se respira en el ambiente. Es aquí donde el «lugar de salvación» entra a jugar un papel importantísimo, por cuanto es aquí donde el ambiente es de suyo diferente, dada la posibilidad de encuentro con aquéllo (teorías de verdad) y con aquéllos (buscadores de verdad) que le ayudan a dilucidar una mejor respuesta. Y ¿qué decir del «mediador de salvación?» El educador no puede ahorrar esfuerzos para que cada uno de los hombres y mujeres que Dios le ha confiado en su ministerio conozcan su ser espiritual, socio-político, profesional, afectivo y comunicativo.

La escuela —y por ende la universidad— es el lugar privilegiado para que la persona le dé sentido a su vida, para que construya su proyecto de vida, para que responda aquellas preguntas que saltan cuando el hombre se mira cara a cara: ¿Quién soy? ¿Para dónde voy? En otras palabras, la universidad es el espacio en donde se construyen proyectos de vida.

1. Estos elementos son presentados y desarrollados ampliamente en los escritos de San Juan Bautista De La Salle (v.gr., *Las Meditaciones para el tiempo de retiro*) y en la obras teológico-educativas de la comunidad lasallista.

LA EDUCACIÓN PROPICIA EL ENCUENTRO DEL HOMBRE

Si la educación cumple su misión –reflexionar sobre el abanico de posibilidades que presenta la vida con todos sus componentes: familia, iglesia, medios de comunicación, cultura, imaginarios– estará respondiendo a la tendencia del hombre contemporáneo de haberse quedado en lo efímero y haber hecho de «su verdad» el principio universal e irrevocable con el cual teje una a una las fibras de una vida fundada en el presente y superficial, ya que al lado de tal actitud está el miedo de mirarse, encontrarse, descubrirse y expandirse hacia dentro.

Porque acto seguido al encuentro consigo mismo, de una manera serena y sin fanatismos de ninguna clase, viene la pregunta por el Trascendente. Esto es inevitable en el sujeto, incluso para argumentar su no existencia, ejercicio desde la razón, porque considero que desde la fe dicho sujeto sí cree, aunque sea en la no existencia del Creador. Pero volviendo a la idea inmediatamente anterior, el educador es el facilitador del encuentro de la persona con su propio yo a través de su historia personal (como lo sugiere el numeral 13 de la encíclica) porque ésta es el mejor pretexto y el mejor contexto para constatar la acción de Dios en favor suyo, de la misma forma que revisar la historia general es el mejor pretexto y contexto para darse cuenta de que Dios ha actuado en favor de la humanidad.

Es imposible mirar la historia personal sin reconocer la presencia del buen Dios que acompaña, anima y bendice, más aun cuando se hace desde una razón iluminada por la fe, o mejor, desde una fe sostenida por la razón. Lo mismo sucede para la historia de la humanidad: en ella encontramos al Dios que se revela. «La revelación está llena de misterio» (cfr., FR 13) y sólo la fe puede penetrarle. En esta dinámica del conocimiento de la verdad se hace evidente que hay un límite para el entendimiento y para reconocerle se necesita de la humildad en el espíritu. No falta quien no encuentre la diferencia y por eso el educador, en su papel de mediación, debería estar atento para hacerle reconocer a la persona lo que es propiamente del ámbito de la fe.

La misma revelación –dice la FR 14– introduce en nuestra historia la verdad universal que induce a la mente del hombre a no pararse nunca y a ampliar continuamente el campo del saber. La verdad siempre está por descubrirse y le corresponde al educador avivar la llama de los corazones para inquietar, motivar y promover el encuentro con la verdad. No habría peor cosa que nuestra propia actitud llevara a una pasividad en el espíritu y a una dogmatización de las propias verdades, como si fueran suficientes para comprender al hombre, al mundo y a Dios. «La revelación cristiana es la verdadera estrella que orienta al hombre que

avanza entre los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática.» (FR 15)

«Existe pues, un camino que el hombre, si quiere, puede recorrer, inicia con la capacidad de la razón de levantarse más allá de lo contingente para ir hacia lo infinito» (FR 24). Aquí vuelven a aparecer las dos alas que le permiten al hombre volar hacia el Trascendente. Pero, si quiere, también puede quedarse sólo con la comprensión de lo inmanente, comprensión que para muchos es satisfactoria porque acepta como verdad lo explicable y lo otro sencillamente se niega o se deja de lado. A estos hombres no les auguro un buen vuelo, ya que pienso que no podrán llegar lejos con una sola ala. Antes bien, el hombre puede ir más allá, al hacer el paso de lo inmanente a lo trascendente, y cuando la FR habla de esto, es inevitable pensar en la universidad, «lugar de salvación», en donde el hombre tiene la posibilidad de hacer de la literatura, la música, la arquitectura, la medicina y demás disciplinas, los cauces de búsqueda, los medios de expresión y las formas de acercamiento con el infinito. Claro que no se trata de hacer una mera trascendencia en la historia a fuerza de dejar obras para la posteridad, sino de magnificar al Creador en el descubrimiento y volcamiento de lo maravilloso que reside en la persona humana como criatura, como su imagen y semejanza.

A este respecto ¿qué le corresponde a la educación? Pues hacer el esfuerzo ingente para que lo anterior se dé. Creo que con este presupuesto queda zanjada la discusión de los límites disciplinarios y las concepciones obtusas sobre la pertinencia de las ciencias del espíritu en las ciencias formales y fácticas. Nada de empobrecimientos ni reduccionismos. ¿Cuánto daño hace la descalificación de un educador frente a lo que no es importante para él? La incapacidad de éste para hacer de puente entre lo finito y lo infinito no puede ser la excusa para actuar así.

EDUCACIÓN Y AUTONOMÍA EN EL ESPÍRITU

Los modelos pedagógicos de las últimas décadas han coincidido en que uno de los fines últimos de la educación es formar hombres libres y responsables, capaces de ejercer su autonomía. La encíclica nos dice:

Con razón se considera que una persona ha alcanzado la edad adulta cuando puede discernir, con los propios medios, entre lo que es verdadero y lo que es falso, formándose un juicio propio sobre la realidad objetiva de las cosas... Con el propio obrar ético la persona actuando según su libre y recto querer, toma el camino de la felicidad y tiende a la perfección. (FR 25)

A diario escuchamos de los jóvenes la expresión «yo quiero ser feliz... quiero alcanzar la felicidad». El problema consiste en pretender alcanzar un fin sin tener los medios y en olvidar que al lado de la felicidad está la perfección. Lenguaje árido para los jóvenes de hoy. Confusión entre felicidad vulgar y felicidad noble. Reducción de la felicidad a un sentimiento presente, puntual, aislado de lo que le antecede y lo que le sucede. Afán de sentirse feliz sin hacer un discernimiento juicioso entre lo bueno y lo también bueno; o lo que sería más fácil, entre lo bueno y lo malo. Como resultado, tantos problemas en que se ven y en que nos vemos envueltos. ¿Por qué nos hacemos daño, por qué el joven atropella su dignidad?

Ha faltado «la mediación salvadora» de la escuela por la cual se forma en el criterio para vivir la vida con miras a la perfección. Esto debe dejar de sonar extraño. La perfección es la posibilidad de sentido, es la realización de sentido, es la plenitud del hombre en Dios como sentido. Ejercitar al educando en cada momento en la capacidad de decisión y confrontarlo con la realidad, es el «acto salvador» del cotidiano educativo. El academicismo nos enfrasca en contenidos que ilustran las mentes pero no dan el paso al corazón. ¿Cómo convertir las verdades en principios y valores para la vida? ¿Cómo hacer de éstos las actitudes que llevan a comportamientos ecuanímenes con el fin de lograr la felicidad que ennoblece al hombre y lo hace más digno? Tarea nada fácil para la educación pero necesaria y substancial a su naturaleza. «El sujeto de la salvación» –el educando– no podría llegar a compenetrarse con Dios si es de espíritu «infantil» y heterónimo en la manera de llevar su vida.

EDUCAR EN LA ESPERANZA Y LA CREDIBILIDAD

Además, la encíclica cree en la esperanza al decir: «El hombre no comenzaría a buscar si no tuviese la perspectiva de poder alcanzar una respuesta.» (Cfr., FR 29). Tal es una función de la educación: sembrar la esperanza de respuesta a los problemas que vemos a diario, la esperanza como alternativa a la desesperación, al desamparo y a la desesperanza misma, síntomas del hombre de hoy. La educación debe hacer ver la luz al final del camino y si es cristiana, no puede olvidar que el Cristo de la fe es la luz, la verdad y la vida. Al lado de lo anterior, agrega:

Cada uno al creer, confía en los conocimientos adquiridos por otras personas... Gracias a la capacidad del pensamiento, el hombre puede encontrar y reconocer esta verdad. En cuanto vital y esencial para su existencia, esta verdad se logra no sólo por vía racional, sino también mediante el abandono confiado en otras personas, que pueden garantizar la certeza y la autenticidad de la verdad misma (FR 33).

Esto se constituye en la esencia misma del acto educativo: el sujeto de salvación pone toda su confianza en el mediador de salvación. Cree casi ciegamente en lo que éste dice y hace. Copia para sí patrones de pensamiento y de comportamiento. El educador se hace modelo de vida para el educando. Es el ministerio que actúa dejando una impronta en el corazón de la persona. Me atrevería a decir que el educador es el don visible del Dios invisible. Peligrosa y delicada misión, sobre todo cuando no se tiene conciencia de ella y fácilmente el educador se revela incoherente en su manera de pensar, de sentir, de hablar y de actuar. El testimonio de la propia vida es el mejor contenido que un educador puede dar a sus discípulos y, de manera especial, cuando éste se mueve en el plano de lo humanístico y lo espiritual. Por tanto, considero que el testimonio no ha pasado de moda y sigue siendo un referente para quienes se encuentran en las aulas de la educación superior.

El documento del Papa hace una clara integración entre la epistemología y la pedagogía cuando dice: «De todo lo que he dicho hasta aquí resulta que el hombre se encuentra en un camino de búsqueda, humanamente interminable: búsqueda de la verdad y búsqueda de una persona de la cual fiarse.» Para la teología no habría una distinción teleológica frente a las dos búsquedas porque Cristo es la verdad y es la persona en quien el hombre se puede fiar. Sin embargo, para la reflexión que queremos hacer hacia una teología de la educación, vale la pena diferenciar que el educador no es la verdad sino el mediador entre el educando y la verdad, pero es aquél en quien se cree. Esto es tan claro como que, por lo general, los educandos no andan cuestionando a cada momento lo que el maestro dice. Antes bien, la mayor parte de sus ideas son escuchadas y aceptadas. Todavía más, el educador que logra llegar al interior de sus educandos y toca sus corazones, se convierte en su orientador o consejero. Los jóvenes vienen con sus historias personales para ser escuchados y para buscar alguna orientación que les ayude en su discernimiento. Este hecho que se repite a diario en los salones, los corredores y las cafeterías de nuestras instituciones, no es gratuito: es el fruto de la credibilidad. Por eso, pobre aquel educador en quien no creen sus alumnos. Para él sería más productivo hacer pompas de jabón sentado en la banca de algún parque. Y pobre aquél que llegara a escandalizar al provocar desconcierto y apatía. Conocemos el Evangelio: más le valdría colocarse la piedra de molino y tirarse al mar.

Para finalizar, no sobra recalcar lo que aparece en la encíclica una y otra vez: la razón y la fe no son incompatibles. Hay una cita de San Anselmo muy pertinente: «El intelecto debe ir en búsqueda de lo que ama: cuanto más ama, más desea conocer.» El hombre que razona y que cree es el mismo, el que piensa y el que ama

es uno solo. No entiendo por qué algunos insisten en hacer la división. Y tampoco entiendo por qué la quieren hacer en la escuela (entiéndase universidad) si ésta, lugar teológico de salvación, es el espacio en donde el hombre aprende a creer y aprende a conocer, además de que aprende lo que es propio del creer y del conocer. Dice Santo Tomás citado por Su Santidad: «La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella.» Los educadores que se inclinan por lo uno o por lo otro caen en el fanatismo del fideísmo o del racionalismo, y cualquier fanatismo –ya lo decía–, lleva a una reducción del mismo hombre.

La universidad es el espacio privilegiado para el encuentro de la razón y la fe. No habría nada más productivo que el diálogo entre las dos, de tal manera que produjeran y revelaran la madurez del individuo. Un hombre capaz de conocer la dinámica de su propio yo, de los otros y del mundo, y un hombre capaz de reconocer al Dios de la vida en la contemplación de su sí mismo como hijo, del otro como su hermano y del mundo como cocreador y señor.